

Al fin, el día 7 de Noviembre ancló su pobre y triste nave en el puerto de Sanlúcar.

De allí se trasladó Colon á Sevilla, y el mismo día en que llegó cayó enfermo de tal manera, que inspiró los más serios cuidados á los que estaban á su lado.

En cuanto al jóven que le acompañaba, apenas llegó á España, conociendo Soria que el almirante le habria dominado con el prestigio de la edad, del saber, de la gloria, procuró alejarle de su lado.

Una noticia que comunicó á Hernan Cortés de la mayor gravedad, le incitó á partir inmediatamente par a Extremadura.

Algun día, cuando bosquejemos la gran figura del inmortal conquistador de Méjico, sabremos lo que hicieron para apartarle de Colon.

Volvamos ahora á acompañar al almirante.

Capitulo XC.

Reaccion.

Se habia hablado tanto en España de las desgracias de Colon, que al llegar á Sevilla despertó esa curiosidad, ese interés, ese entusiasmo que inspiran siempre los grandes hombres cuando despues de haber sido los ídolos del pueblo, caen en la desgracia, y en medio de sus amarguras vuelven los ojos á los que levantaron el pedestal de su fortuna.

En todas partes se hablaba del regreso de Cristóbal Colon, cuyos sufrimientos en la costa de la Jamáica habian divulgado los que en la embarcacion de Sagredo habian llegado antes que él.

Como hoy sucede en las aldeas y en las ciudades cuando regresan los soldados de una guerra, que en

todas partes los buscan y los agasajan para escuchar de sus propios lábios la narración de la hazañas en que han tomado parte, sucedía entonces con los pocos náufragos, que ébrios de alegría por haber vuelto á la vida, no se contentaban con referir los hechos tal como habian pasado, sino que los ponderaban, exaltando más y más la grandeza de espíritu del inmortal descubridor de Nuevo Mundo.

A la admiración se unía la piedad: así es que apenas se supo la llegada de la nave en que regresaba á la patria el gran hombre, acudieron de todas partes á recibirle, y desde Cadiz á Sevilla le acompañaron multitud de personas que deseaban manifestarle de aquel modo la admiración que sentían hácia él, la gratitud que sus conquistas para España les inspiraba.

Hallábase en la hermosa capital de Andalucía don Fernando de Toledo, y como era natural, quiso que se hospedase en su casa el ilustre marino.

Al desembarcar en la orilla del Bétis, parecía Colon un cadáver.

Su rostro estaba demacrado.

Sus miembros, enervados, apenas podían moverse, y sin embargo, cuando le indicó Mendez que aquel ilustre personaje que salía á su encuentro era el que le habia facilitado los medios para ir á salvarle, toda la vida de Colon brilló en sus ojos para manifestarle su gratitud.

Hallábase en su palacio, y le ofreció todos los honores que merecía.

Aquel día y los siguientes sólo se habló en Sevi-

lla del almirante, y cuando Mendez salía le llamaban en todas partes, le dirigian infinitas preguntas y le dispensaban los mayores obsequios, como habian hecho con Sagredo, porque los dos habian librado de la muerte á los pobres náufragos.

Esta reacción inmensa en favor del gran hombre y de sus amigos; este delirio del pueblo para honrar al héroe, contrastaba con la sorda indignación de los agentes de Fonseca, que contemplaban llenos de ira aquel animado cuadro.

La calle en donde estaba el palacio de don Fernando de Toledo era una romería.

El vulgo, ya que no podia contemplar al héroe, se contentaba con decirse:

—¡Allí está!

Y los más atrevidos se acercaban á las escaleras y preguntaban á los guardadores de tan ilustre personaje por el estado de su salud.

La noticia de la llegada de Colon circuló por toda España, y fray Diego de Deza, que era á la sazón uno de los prelados más notables de la Península: fray Pedro Antunez, el antiguo amigo y protector de Colon, y muchos de los más altos personajes de la corte, que en todo tiempo le habian favorecido con su amistad, fueron á Sevilla á saludarle y á ofrecerle de nuevo su apoyo para vencer cuantas dificultades se opusieran á la realización de sus designios.

Todas estas muestras de aprecio, todas estas ovaciones, unidas al descanso y á los cuidados de don Fernando de Toledo, reanimaron el abatido espíritu

de Colon, y á los diez dias de su llegada pudo levantarse del lecho.

En medio de sus tribulaciones, notó un vacío inmenso en su corazón.

¿Cómo, sabiendo su llegada, por que se habia sabido en todos los ámbitos de España, no habia acudido á estrecharle entre sus brazos su hijo Diego?

¿Cómo Villejo é Isabel, á quienes suponía felices esposos; cómo Inés, que habia sido madre cariñosa de sus hijos, no habia volado á consolar al pobre anciano, tanto más cuanto que suponía que habria sabido sus horribles padecimientos?

El primer dia que se levantó y pudo hablar, llamó á Mendez.

—¿Cómo ha venido mi hijo Diego? —le preguntó.

—Señor, el deber le detiene al lado de la reina, que está enferma. Ved una carta que me ha dirijido para vos, y por ella sabreis que hay en esta casa quien puede reemplazarle con ventaja á vuestro lado, mientras que él cumple su deber.

—¿Y Inés? ¿Y Villejo? ¿Y su esposa? ¿Cómo no han venido?

—Vuestro hijo don Fernando os explicará la causa.

—Sí, padre mio, sí, —dijo el jóven, que habia oido la triste revelacion de las desgracias de que habian sido víctimas aquellas infelices mujeres.

—Habla, ¿sufren? ¿Han muerto? —añadió Colon, queriendo adivinar lo que pasa en la mirada de su hijo.

—Permitidme, padre mio, que retarde algunas horas no más la contestacion á las preguntas que me dirigís, porque es posible que entonces pueda comunicaros faustas nuevas.

En efecto, Fernando habia sabido que de un momento á otro era esperada en Sevilla Isabel Montea-gudo, y la persona que habia traído aquella noticia habia indicado que la habia visto en compañía de una jóven, á quien trataba como si fuera su hija.

Todo esto hizo creer á Fernando que la desventurada esposa de Alonso Velez de Guzman habia hallado á Isabel, y habia podido sacarla del convento en donde sus enemigos la habian encerrado.

En esta conversacion estaban el almirante y su hijo, cuando se presentó en la estancia del enfermo una joven, á la que saludó Mendez con las mayores muestras de consideracion.

—Es, —dijo, presentándola á Colon, —la hija del muy ilustre don Fernando de Toledo, en cuya casa estamos hospedados.

—Dios os bendiga, hija mia, —exclamó el anciano.

—Tengo que hablaros en nombre de vuestro hijo, —exclamó María con voz entrecortada por la emocion.

Y mirando á Diego Mendez:

—Dejadnos un instante á solas, —añadió.

Fernando y Diego Mendez salieron de la estancia, y María, colocándose frente al sitio que ocupaba el enfermo, le habló de esta manera:

—Perdonadme, señor, si me atrevo á turbar vuestra tranquilidad con una confianza. Vuestro hijo Diego no puede abandonar su puesto al lado de la reina, que se halla enferma de gravedad. De lo contrario, él os hubiera hablado. ¿No os ha dicho en una carta que encontraríais aquí quien le reemplazase cerca de vos?

—Sí, hija mía.

—Pues bien, yo soy quien debe reemplazarle.

—¿Vos?

—¿Lo sentís?

—No por cierto.

—¿No adivináis los motivos que me impelen á venir á hablaros?— añadió la jóven, al mismo tiempo que sus mejillas se encendían.

—Deseo adivinarlo, y plegue á Dios que no me engañe. Si las sospechas que han despertado en mí vuestras palabras se confirmasen, yo bendiciría á Dios por haberme librado de los inmensos peligros que he corrido, y traerme á este puerto de salvación, en donde si no justicia para mí, puedo encontrar felicidad para mi hijo.

—¿No habeis adivinado,—exclamó la jóven,—que para ser dichosa solo deseo vuestra bendición?

—¿Amais á Diego?

—Sí, con toda mi alma.

—¡Dios os bendiga! Vuestras palabras derraman un bálsamo dulcísimo en mi corazón; me devuelven la vida que se extinguía en mí. ¡Oh! Sí, ahora estoy seguro de que viviré. ¿Y qué importa todo lo que he

sufrido? ¿Qué las intrigas de que pueden hacerme objeto mis adversarios, si vuestra felicidad brota todo un pasado de desgracias para ofrecerme un porvenir risueño?

María refirió entonces con agitada voz al mirante lo que Mendez le había ocultado.

Diego, herido en la calle de la posada de maese Rapiña, fue conducido por don Fernando de Toledo á su palacio, y allí le prodigó los mayores cuidados hasta que se restableció.

En aquel tiempo tuvo ocasion de admirar las bellezas que atesoraba en su alma la hermosa María, y sintiendo que se renovaba su vida, que brotaban ilusiones dulcísimas de sus mismos desengaños, amó á María con todo su corazón y escuchó de sus labios la promesa de que sería su esposa.

Todo esto con el lenguaje purísimo del amor, con la amoción de una alma enamorada, habló María al anciano, y adivinando éste en su mirada que era inmenso el amor que ella sentía:

—¡Bien hayas tú,—le dijo,—bien hayas tú, María, que para hacer la dicha de mi hijo, ángel del cielo, al mundo Dios te envía!

María acercó la frente á los labios del anciano, y aquel imprimió en ella un ósculo paternal.

—¿Y sabe vuestro padre que os une un lazo tan estrecho con mi hijo?

—Aún lo ignora.

—Mal hecho; ¿por qué lo habeis ocultado?

—Diego ha temido que mi buen padre se opusiese

á nuestro amor. No le conoce: al saber que es mi felicidad, no nos negaría su consentimiento; pero él me ha exigido que se guardase el secreto hasta vuestra venida, hasta que pudiera hablar con vos, y yo le he obedecido, porque sus súplicas son órdenes para mí, porque le amo con toda mi alma.

María se despidió de Colón después de conseguir que éste le diese el dulce nombre de hija.

Aquella revelacion que le habia hecho, inspiró nuevos deseos al almirante de conseguir que le restituyeran sus honores y sus riquezas, para que su hijo fuera digno de aquella mujer que tanto le amaba, y que pertenecía á una de las familias más principales del reino.

Encontrándose mejorado, trató de poner en orden sus negocios y de restablecerse por completo, para trasladarse á la corte á gestionar cerca de los reyes su rehabilitacion.

Capítulo CXI.

Nuevas maquinaciones de los enemigos del almirante.

Los enemigos de Colón no se intimidaron en presencia del triunfo con que el pueblo habia saludado su llegada.

Era Fonseca en extremo hábil, y profesaba demasiado rencor á su enemigo para que no buscase todos los medios de perderle.

Antes de partir los marinos que estaban á las órdenes de Colón en la costa de la Jamáica, anunció á todos, por medio de Sagredo, que al regresar á España los abonaría los salarios que habian ganado desde su salida, salarios que por efecto de las circunstancias se habia visto en la imposibilidad de pagarles.

Aun á los mismos rebeldes habia hecho dicha pro-